



Nihilismo y desierto en Nietzsche

[Wildnis, Öde, Einöde, Einsamkeit, Wüsten]¹

Simón Royo Hernández

1. En el pensamiento de Friedrich Nietzsche la palabra castellana “*desierto*” ha venido a utilizarse como sinónimo de la experiencia y situación del hombre moderno ante la llegada del más incómodo de todos los huéspedes, el Nihilismo. Pero la hermenéutica del nihilismo en el pensamiento de Nietzsche se complica debido a que hay varias palabras en alemán para referirse a lo que en castellano siempre se traduce con el vocablo “*desierto*”. No vamos a sistematizar el pensamiento de Nietzsche en este punto, no era un pensador sistemático y no se le hace justicia al procurar sistematizarlo. Nuestra intención en la presente comunicación es más modesta, la de mostrar la necesidad de tener en cuenta los matices que existen en el tratamiento del Nihilismo por Nietzsche a través de la metáfora del desierto que enarbola en su tratamiento y meditación sobre el problema. Apuntamos así, sin pretensión de realizar el empeño, la necesidad de vislumbrar las distintas caras del nihilismo en el pensamiento de Nietzsche y de los que, como Heidegger, lo han proseguido.

La extensión y consumación del Nihilismo profetizada por Hölderlin y recepcionada por Heidegger viene expresada con el mayor énfasis en la repetida sentencia que Nietzsche emplea para referirlo poéticamente: “el desierto crece” («*Die Wüste wächst*»). Pero nuestro filósofo emplea diversas acepciones alemanas en relación con el concepto que se nos transmite en español que resulta necesario matizar.

En griego clásico la palabra para desierto es *eremía*, de donde proviene etimológicamente nuestra palabra eremita, el solitario que habita en los desiertos, quien desde los yermos, como en la travesía de los cuarenta años de desierto del pueblo de Israel hasta alcanzar la tierra prometida, lleva a cabo un proceso de purificación y renacimiento. El verbo griego *eremoo* ya implica un agente, significa devastación, desolación, despoblamiento, tras lo que resta la *erémosis*, la desolación. Con Heidegger veremos este agente de la *desertización* (*die Verwüstung*) como esencia del Nihilismo apuntado por Nietzsche.

Éste, respecto a lo favorable del *desierto* para la creación utiliza la voz *Wildnis*, con el matiz de *salvaje* que tiene el adjetivo del que procede. La palabra significa actualmente naturaleza libre, silvestre, el desierto en el sentido de no roturado, no civilizado, no horadado por la técnica. En alemán se dice, por ejemplo, *Tiere in der Wildniss* para anunciar fotos y documentales de animales inmersos en la naturaleza salvaje o de los paisajes de esta misma, como la montaña helada, la sabana o la foresta.

En un sentido semejante Nietzsche relaciona lo heroico con “el desierto” (esta vez, con la expresión: *die Einöde*) y luego, en varios lugares e incluso en el Zaratustra nuestro autor tratará también de un concepto romántico muy próximo al *desierto*, un concepto que ocasionalmente también tiene un carácter positivo en determinados

¹ [La presente comunicación fue publicada en el libro colectivo de las Actas del Congreso “Nietzsche y la hermenéutica” celebrado en la Universidad de Valencia del 5 al 7 de noviembre de 2007. En: *Nietzsche y la hermenéutica*. Francisco Arenas-Dolz, Luca Giancristofaro y Paolo Stellino editores. Nau Llibres – Editions Culturals Valencianes. Volumen II, pp.841-850. Valencia 2007].

casos, el de “soledad”, *Einsamkeit*. Dejaremos el último sinónimo mentado un tanto de lado en la presente comunicación. *Öde* significa desierto en el sentido de vacío existencial, tedio, nihilismo en su sentido abrumador y negativo y *Einöde* significa el desierto entendido como vacío, sobre todo topológico y topográfico. Se usa coloquialmente para, por ejemplo, señalar las habitaciones vacías de un hotel que esperan ser ocupadas, un lugar en blanco, como la página vacía que espera que se le imprima la grafía de la escritura.

Será sin embargo, finalmente, en su *Así habló Zaratustra* donde Nietzsche emplea para la palabra “desierto”, *Wüsten*, teniendo el adjetivo del que procede tal sustantivo el matiz de desorden o libertinaje, lo que le otorga cierta ambigüedad al término. *Wüste* se usa para designar el desierto en el cual a causa de su sequedad o extremas temperaturas de calor y frío sólo una vegetación muy especial y resistente puede sobrevivir. Entre los exegetas de Nietzsche se ha querido ver en sus apelaciones a la resistencia y la fortaleza frente a verdades extremas un modelo liberal para la determinación política de su pensamiento, ya que parecería poder entenderse que un darwinismo social mejoraría al hombre y que la pobreza y la miseria serían un terreno baldío del que sólo saldrían los más fuertes; pero toda la remisión a Grecia de Nietzsche, no sólo Espartana, sino como en Platón, también ateniense, desmiente la presunción de que una vida buena sea una rémora para el crecimiento. Dentro del desierto del nihilismo aún pueden llegar a crecer hermosas plantas, robustas y de sensibilidad extrema, a pesar de las condiciones adversas, como ha ocurrido siempre con la cultura y el arte desde que Sócrates solicitó la manutención en el Pritaneo y en lugar de ese premio se le castigó con la muerte. Lo extraordinario es precisamente que en la mayor adversidad pueda surgir lo sublime, pero esto no surge gracias a la adversidad sino a pesar de ella. El *cuidado* de la cultura, la *paideia* griega de los jóvenes muestra con cuanta delicadeza y dedicación (*epimeleia*, *Sorge*) los griegos protegieron su cultura. La situación moderna, la situación infame en la que se tuvo que desenvolver el propio Nietzsche y todo poeta, músico, pensador y artista en general, bajo la historia de la metafísica no es otra que la del crecimiento en condiciones desérticas, sin protección, sin respeto, a pesar del impulso a convertirlo todo en trabajo asalariado y capital. También es notorio como las almas que han de habitar en desiertos extremos en lugar de sobrevivir robustecidas y mejoradas terminan por sufrir tan graves deterioros que su sensibilidad extrema se hipertrofia, quedando raquílicas, torcidas, resquebrajadas hasta el punto de llegar a romperse arribadas en un sanatorio mental.

Nietzsche emplea también la expresión “el desierto crece”, dos veces, en los *Ditirambos dionisiacos*, donde se aprecia ya no la muerte del hombre sino algo mucho más terrible aún, esto es, que el hombre es la muerte, el *desierto*; empleando la misma expresión en *el mismo sentido una vez más, en los Fragmentos póstumos de 1884-1885*.

Veremos en lo que sigue lo que a los efectos de una reflexión sobre el nihilismo puede empezar a mostrárenos a partir de un comienzo en la indagación hermenéutica de los sentidos de la metáfora del desierto en Nietzsche y de la exégesis de uno de sus principales continuadores, Martín Heidegger.

2. La esterilidad y la soledad se presentan como el anverso que Nietzsche detecta en la *Genealogía de la moral* y que él mismo padece como *ideal ascético*. Dada su vocación sacerdotal a la filosofía Nietzsche seguirá un peculiar camino de desierto, una vida en solitario. Decisión o imposibilidad en aras de la creatividad intelectual el filósofo de la vida se retira del mundo, contraponiendo, dialécticamente, la afirmación de la existencia a la realización estética:

“El filósofo siente horror al matrimonio [...]. ¿Qué gran filósofo ha estado casado hasta ahora? Heráclito, Platón, Descartes, Spinoza, Leibniz, Kant, Schopenhauer –no lo estuvieron; más aún, ni siquiera podemos imaginarlos casados. Un filósofo casado es un personaje de comedia, esa es mi tesis: y por lo que se refiere a aquella excepción, Sócrates, parece que el malicioso Sócrates se casó por ironía, justamente para demostrar esta tesis. [...]. En el ideal ascético están insinuados tantos puentes hacia la independencia, que un filósofo no puede dejar de sentir júbilo y aplaudir en su interior al escuchar la historia de todos aquellos hombres que un día dijeron no a toda sujeción y se marcharon a un desierto (Wüste) cualquiera: aun dando por supuesto que no fueran más que asnos fuertes y todo lo contrario de un espíritu fuerte²”.

El nihilismo moderno impulsa al desierto a todos aquellos que quieren llevar a cabo una labor intelectual creativa, pero ese impulso cuyo precedente estriba en el celibato monacal, no es un signo de fuerza sino el resultado de una situación de confrontación entre la vida, el arte y el intelecto, una confrontación que inculca la esterilidad, precisamente, en el espíritu que se retira para poder preservarla, con el efecto de convertir al que pretendía ser un espíritu fuerte en un asno fuerte. El propio Nietzsche se habría de concebir como tal al haberse visto imposibilitado e incapacitado para conciliar, como el fondo de toda su propuesta filosófica defiende, la afirmación de la existencia y la creatividad en la existencia. De ahí que nuestro pensador fuese consciente de una aporía en la que no sólo pensaba, sino en la que estaba inmerso: *“respecto a las necesidades intelectuales [...] ahora veo siempre ante mí el abismo espantoso que existe entre el hombre que puede prestar ayuda y el que la necesita [...]. Pero dar vale más que poseer; y ¿qué es el hombre más rico si vive en la soledad (Einsamkeit) de un desierto (Wüste)?³”.* De donde la condición del filósofo que transita el nihilismo acabará por presentarse como una hibridación: *“El aniquilamiento de los ideales, el nuevo desierto (Öde), las nuevas artes para soportarlo, nosotros, los anfibios⁴”.*

El proceso del pensar de Nietzsche sobre el nihilismo a través de la metáfora del desierto se encontró con una positivación de la nihilidad ya en su juventud: *“Ciertamente el gran hombre y la gran obra solamente se crían en la libertad del desierto (Wildnis)⁵”.* La condición silvestre del alma, el tiempo no roturado que se le resta al dios Cronos, requieren la libertad del desierto en esta acepción que remite a lo que no tiene historia. Un lugar incondicionado e inalienado, ahistórico, que entrará en conflicto con las enfermedades históricas, con el peso de la cultura y, entonces, será necesaria una actitud heroica para no claudicar ni sucumbir: *“Lo heroico consiste en esto, en que se hacen grandes cosas (o, de manera grande, ‘no’ se hace algo) sin sentirse en competición ‘con’ los otros y ‘ante’ los otros. El héroe lleva siempre consigo el desierto (Einöde) y la sagrada e insuperable zona fronteriza dondequiera que vaya⁶”.* La situación del espíritu libre será la de la realización de una acción heroica en un mundo que sólo las admite insertadas en una mecánica del trabajo, en una pequeña rutina fabrilmente administrada que convoca la competencia pecuniaria del liberalismo como único *telos* del mundo. Evitar la competencia y laborar en soledad es un requisito de héroe para el hombre moderno, así como la condición anfibia aparece como un requisito de ultrahombre para la superación del nihilismo.

² Nietzsche, F., KGW VI.2.GM, III, 7, 368.

³ Nietzsche, F., KGW IV.3.MA II, VM.333.

⁴ Nietzsche, F., KGW VIII.1.NF.320.

⁵ Nietzsche, F., KGW IV.2.NF.577.

⁶ Nietzsche, F., KGW IV.3.MA II, WS, 337.

Porque finalmente nos enfrentamos al más incomodo de los huéspedes, posiblemente a algo que no dejará de experimentarse hasta que no se halla cerrado el ciclo de experimentarlo hasta el final, por eso las reiteraciones de Nietzsche de la frase en que lo manifiesta con mayor profundidad: “El desierto crece (*Die Wüste wächst*): ¡ay de aquel que guardase desiertos! El desierto es hambre de quienes se reúnen junto a los cadáveres⁷”. Los cadáveres del pensamiento son sus filósofos y la historia de la filosofía siendo inicialmente una propedéutica inestimable para que se produzca el pensamiento, puede convertirse en un impedimento, en una rémora. “El desierto crece: ¡ay de aquel que dentro de sí cobija desiertos!⁸”, pero ¡ay más de aquél que no los cobije! Al cobijar los desiertos se los tiene que cuidar, para poder transitar por ellos, amar las soledades, como pedía Rilke, mientras que los extrañamientos se disipan al tiempo que se ensancha el espíritu.

Renunciemos a comentar la última vez que Nietzsche, ya a las puertas de la locura, en sus *Ditirambos de Dionisos*, expresó la sentencia con la que daba recepción y pensaba, pudiera decirse que por primera vez, en cuanto experienciándolo hasta el fondo y con todas sus consecuencias, el fenómeno del nihilismo. Algo en lo que todavía estamos inmersos:

“2. El desierto crece: ¡ay de aquel que dentro de sí cobija desiertos!....

3. El desierto crece: ¡ay de aquel que dentro de sí cobija desiertos!

Una piedra hace crujir a una piedra, el desierto enlaza y estrangula.

La monstruosa muerte mira ferviente pardeando y masticando, —su vida es su trituración...

No olvides, hombre, que has tomado prestada la voluptuosidad: tu —eres la piedra, el desierto, eres la muerte⁹”.

3. En su *Was heißt denken?* nos conduce Heidegger a la reflexión sobre la ausencia de pensamiento de nuestros días, a focalizar el hecho de que estemos en el camino del pensar desde hace mucho pero que no pensemos todavía. El pensar no es algo que dependa del ser humano que quiere pensar y a ello consagra su tiempo y dedicación. Al igual que un árbol para ser visto tiene que presentarse al pretendiente a verlo -o de lo contrario sólo podrá ser re-presentado por el sujeto sin que se pueda contar con su presencia, que permanecerá oculta- el pensar tiene que presentarse al pensador. Lo que impide pensar es lo mismo que impide ver un árbol, la *desertización*, la esencia del nihilismo. Ésta no es sino el proceso de devastación en su raíz y en su futuro de las posibilidades de experiencia fenomenológica a la que Heidegger denomina Metafísica. El nihilismo como desierto, concretado en los múltiples desiertos resultantes, es la consecuencia de una devastación de la tierra que hay que comprender como más terrible que la simple destrucción y aniquilación de lo existente.

“Conocemos hasta la saciedad este tono en el enjuiciamiento de nuestra época. En la generación inmediatamente anterior se hablaba del «ocaso de Occidente». Hoy se habla de la «pérdida del centro». Por doquier se persigue y diseña la decadencia, la destrucción, la amenazante aniquilación del mundo. [...]. Se cree que el mundo no sólo está fuera de quicio, sino que además rueda hacia la nada del absurdo. Nietzsche, oteando la lejanía desde la posición más alta, acuñó para esto ya en los años ochenta del siglo XIX la expresión sencilla, precisamente por haberla pensado: «el desierto crece». Esto significa: la desertización se extiende. La desertización es más que la

⁷ Nietzsche, F., KGW VII.3.NF.7.

⁸ Nietzsche, F., KGW VI.1.ZA.375.

⁹ Nietzsche, F., KGW VI.3.DD.379.

destrucción, es más terrible que ésta. La destrucción elimina solamente lo que ha crecido y lo construido hasta ahora; en cambio, la desertización impide el crecimiento futuro e imposibilita toda construcción. La desertización es más terrible que la mera aniquilación. Ésta elimina y pone en acción la nada, la desertización, en cambio, pone en juego y difunde lo que estorba e impide. El Sáhara de África, por ejemplo, es solamente una especie de desierto. La desertización de la tierra puede ir de la mano con la meta de un alto estándar de vida para el hombre, lo mismo que con la organización de un estado uniforme de dicha para todos los hombres. La desertización puede implicar lo mismo en ambos casos y proceder en todas partes de la manera más terrible, a saber, ocultándose. La desertización no es un simple cubrir de arena. La desertización es el rápido curso de la expulsión de Mnemosyne. La expresión «el desierto crece» no procede del mismo lugar que las condenas usuales de nuestra época. «El desierto crece», decía Nietzsche hace casi setenta años. Y añade: «¡Ay de aquel que esconde desiertos!»¹⁰.

En nombre de una mejora de las condiciones de existencia de los hombres a nivel planetario se han efectuado acciones de desertización con la ingenuidad y el cinismo de aquellos a quienes ya sólo importa el presente, vacío de pasado y no preñado de futuro. La extensión de la democracia burguesa y capitalista a nivel planetario se promueve como desarrollo de la línea continua y ascendente de una Historia de Occidente que culminaría con la globalización, pero tras la meta de la totalización de un modelo de vida lo que se extiende y crece es el desierto. Las bombas con uranio enriquecido con las que Occidente ha condenado la vida futura para miles de millones de años en los Balcanes, Afganistán e Irak, son un buen ejemplo materialista de un acto de desertización. No sólo se ha aniquilado la vida que allí había sino que se han condenado lugares de la tierra en lo que se refiere a las generaciones futuras y a la posibilidad misma de la regeneración de la vida. La desertización (*die Verwüstung*) se extiende. Pero la desertización materialista no va sola, corresponde a su esencia el haber sufrido ya Occidente un proceso de desertización simbólica bajo el pretexto de no recaer en idealismos y seguir los dictados de la razón y de la ciencia para eliminar toda superstición de la faz de la tierra. La ilustración ha sido y es un agente de desertización caracterizado por la frase de Heidegger: “La ciencia no piensa¹¹”, desarrollada a partir del tan simple como pensado apotegma nietzscheano: “La ciencia, barbariza¹²”. Lo que caracterizaría la paradoja del progreso como inversión benjaminiana de lo referente a la civilización. Occidente, la civilización, la ciencia, ha creado el campo de concentración y planificado el exterminio, es la barbarie, propaga la desertización.

Heidegger señala que hay otros modos de hacer ciencia, que ésta tiene su lugar propio, por lo cual, el fenómeno de la desertización no se puede combatir mediante una simple inversión maniquea y un rechazo de la ciencias y el positivismo en beneficio de las sabidurías sapienciales. La lucha contra el nihilismo, la superación del nihilismo, no debe situarnos en un Orientalismo idealizado que rechace lo propio experimentado como decadencia y acuda a lo lejano idealizado como vivificación. De

¹⁰ Heidegger, M., *¿Qué significa pensar?* [Semestre de invierno 1951-1952]. Editorial Trotta. Madrid 2005. III, pág.28.

¹¹ Heidegger, M., o.c. p.19.

¹² Nietzsche, F., KGW VI.3.EH.315. *Ecce Homo*. Alianza Madrid, 1989, p.73. «*Las Intempestivas*», §1: “La segunda intempestiva (1874) descubre lo que hay de peligroso, de corrosivo y envenenador de la vida, en nuestro modo de hacer ciencia: -la vida enferma de este engranaje y este mecanismo [...], enferma de la «impersonalidad» del trabajador, de la falsa economía de la «división del trabajo» [...]. El cultivo moderno de la ciencia, barbariza”.

nuevo lo apolíneo requiere de lo dionisiaco, la voluntad de poder del eterno retorno y la incultura del trabajo sólo se subvierte mediante el cuidado de una cultura del ocio¹³ que subyace oculta en el momento fundacional que Grecia significó para Occidente; algo que puede rememorarse y reencontrarse en el corazón de nuestra propia tradición. El trabajo y la disponibilidad técnica de la tierra son ya un fenómeno planetario para el que no hay distinción entre unas latitudes y otras, aunque la erradicación de lo simbólico se haya hundido más en unos lugares que en otros, dejando para las grandes urbes tan sólo su simulacro.

4. Gianni Vattimo hizo hincapié llegando a los primeros años 70 del pasado siglo en “la lucidez con que Nietzsche ha planteado el problema de la servidumbre del trabajo fabril, que no se mitiga con una mejora económica de los salarios [...], sino con un cambio radical¹⁴”; citando para ello el parágrafo 206 del *Aurora* de Nietzsche: “¡Es un oprobio creer que a través de un salario más elevado se pueda eliminar la sustancia de su miseria, es decir, su impersonal condición servil! ¡Es un oprobio dejarse convencer de que mediante una potenciación de esta impersonalidad dentro del mecanismo de una nueva sociedad se pueda transformar en virtud la ignominia de la esclavitud!”. Con ello se rechazaba el reformismo socialdemócrata de corte liberal desde unos principios que si bien se distanciaban del marxismo dogmático no se alejaban del comunismo del Marx que afirmaba que: “Un *aumento masivo del salario* [...] no sería más que una mejor *remuneración de los esclavos*¹⁵”. Nietzsche, Heidegger y Marx se dan la mano en este punto fundamental de diagnóstico respecto de los nódulos del nihilismo contemporáneo. Pero la recepción de dicha tríada todavía no ha sido hecha.

Ya en su *Superación de la Metafísica*¹⁶ nos indicaba Heidegger que “el hombre”, “el ser vivo que trabaja”, tiene que “vagar errante por el desierto de la desertización de la tierra” (II). En consonancia con Marx y Nietzsche se llega a atisbar que “el hombre de la Metafísica”, el sujeto alienado de la última configuración a escala planetaria del ciclo metafísico de Occidente, “está asentado como animal de trabajo” (III), lo que no sólo remite al imperio del Capital como manifestación del emplazamiento del hombre por medio de la técnica, lo cual sería su determinación como entidad económico-política, sino al ocaso, derrumbamiento y devastación, de una humanidad cuya voluntad de voluntad implica “querer la nula Nada”. El *Der Arbeiter* de Jünger tiene que ser rememorado por una meditación heideggeriana tras la que se oculta el espectro de Marx.

La esperanza del retorno de dioses que reencanten el mundo y vuelvan a nutrir la tierra, traídos por la figura simbólico-bucólica del pastor, de “los pastores invisibles, viven fuera de los límites del desierto de la tierra devastada” (XXVII), puede no ser suficiente para las necesidades del parque humano. Ya no son los sacerdotes que habitan las instituciones de monopolización de la salvación quienes están llamados al habitar fronterizo que pastorease los rebaños. Ahora, son unos nuevos eremitas los que, viviendo en los márgenes, sobre la línea, pueden asistir al ocaso y ser parteros en el amanecer de otro comenzar. Éstos son los últimos hombres. Los que con Heidegger se atreven a pensar si acaso “la época de la Metafísica consumada está a

¹³ Royo Hernández, Simón «La sociedad capitalista como negación del ocio: historia de una paradoja actual». *Logos* 35 (2002) 193-222.

¹⁴ Vattimo, G., *El sujeto y la máscara. Nietzsche y el problema de la liberación*. J. Binagui (trad. esp.), Península, Barcelona 1989. V. «El ultrahombre y el mundo liberado», p.256.

¹⁵ Karl Marx OME 5. *Ökonomisch-philosophische Manuskripte (1844/ Manuscritos de Paris*, publicados en 1932). 1º XXV.

¹⁶ Heidegger, M., «Superación de la metafísica», in *Conferencias y artículos*. E. Barjau (trad. esp.), Ediciones del Serbal, Barcelona, 1994.

punto de empezar” (X). De donde surge el problema y la ambigüedad de no poder saber si estaríamos al final del nihilismo o tan sólo en su comienzo.

5. Ernst Jünger nos recordaba en *Über die Linie* (1, 240)¹⁷, en un texto que dedica a *Martin Heidegger en su sesenta cumpleaños*, -escrito entonces en 1949 aunque publicado algo más tarde-, en un regalo, que Nietzsche se presentó a sí mismo al final de su vida como quien había habitado el nihilismo hasta el fondo pleno de sus abisales profundidades y lo había superado. Jünger indica tal cosa citando el célebre fragmento póstumo incluso en *La Voluntad de Poder* en el que Nietzsche declaraba ser “el primer nihilista pleno de Europa, pero que ya ha vivido en sí el nihilismo mismo hasta el fin – que le tiene detrás de sí, bajo sí, fuera de sí”. Una declaración optimista de quien numerosas veces había bajado a las profundidades emergiendo siempre de nuevo con renovadas energías.

Lo mismo pudiera decirse al pensar en el trasunto colectivo de la gesta individual. Una Europa enferma que habría bajado a las profundidades depresivas de las muchas atmósferas de presión de su dilatada y cruenta historia, encontraría en la travesía del desierto, una nueva luz. El acontecimiento de un brillo con el que aspirar a la curación. De modo que los europeos de la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI quizá pudieran aspirar a otro comienzo, a ese inicio que Jünger vislumbra desde las negras ruinas de la Segunda Guerra Mundial.

El paralelismo entre el individuo Nietzsche y la Historia de Occidente, la ontogenia del pensador que ha trasegado la filogenia de la Historia, sin embargo, no nos ofrece un modelo muy optimista, si nos atenemos a su final. Tras la gran recuperación en que consistió *La Gaya Ciencia* y el recomienzo de la vida que supondrá *Así habló Zaratustra*, Friedrich Nietzsche, el pensador barómetro, se hundiría definitivamente, a los 45 años -para no volver a emerger jamás- en las profundidades de la locura; lugar donde permanecería apagado durante sus once últimos años de vida, hasta desaparecer por completo legando su obra. Quizás haya que decir que *realmente* no era tan fuerte como para dividir en dos la historia de la humanidad sin quebrarse y destruirse a sí mismo, dividiéndose, cayendo en el pozo de la esquizofrenia. De ahí que no haya que descartar un final, un Apocalipsis, una catástrofe, un cataclismo, un final del hombre, del mundo, de la historia y del pensar, en el cual, Europa, siguiendo el modelo norteamericano, se volviese loca y permaneciese cataléptica durante once centurias u once milenios antes de desintegrarse y desaparecer por completo. Dejando sus vestigios arqueológicos para una nueva humanidad.

Si no hay cataclismo que sea absoluto no se desaparece por completo, al igual que no se crea *ex nihilo*, siempre quedan restos, cualquier cataclismo deja rastros y a partir de esas huellas la vida continua su trágico eterno retorno en medio de la voluntad de poder. La teoría cíclica de la historia que Platón refiere en sus *Leyes*, Polibio en su *Historia* y Maquiavelo en sus *Discorsi*, alcanza rango ontológico en la meditación del eterno retorno de Nietzsche. De ahí que tanto Jean Baudrillard como Francisco Rodríguez Adrados coincidan en declarar que se ha cerrado un ciclo o que se está cerrando un ciclo, aunque lo valoren en sentido diametralmente contrario. Lo cual, indica, si es que el cierre de ciclo no constituye la destrucción plena del planeta, que se tendrá que abrir otro, que habrá tarde o pronto, un nuevo comenzar, una aurora, un alborar de un mañana.

El Nihilismo es y no es un acontecimiento histórico, acaece en la diacronía de la Historia con cada salto cualitativo de una epocalidad a otra al tiempo que sincrónicamente pertenece al ser. Kierkegaard llamará Cristo-Dios, los griegos, lo

¹⁷ Jünger, E., & Heidegger, M., *Acerca del nihilismo*. [Ernst Jünger «Sobre la línea» & Martín Heidegger «Hacia la pregunta por el ser»]. Editorial Paidós, Barcelona 1994.

divino, a ese paradójico acontecer de la eternidad en el tiempo que escandaliza a la razón. Pero Nietzsche y Heidegger, atendiendo a su reverso, desde la constatación de una teodicea negativa que tiene el valor de afrontar la idea de que el mal pertenece al ser, detectarán, a la inversa, que es también el tiempo el que irrumpe en la eternidad, devastando lo pleno, destruyendo el instante y extendiendo la Nada, esto es, desertizando lo real, devastando el ser.

De ahí que el Nihilismo y la muerte de Dios sean acontecimientos equivalentes, una tragedia, nuestra tragedia, paradójica y ambigua en cuanto necesaria para la vida o en cuanto destino. Se puede entonces y se deba afirmar la muerte, integrar el mal, pero siempre y cuando se afirme con ello la existencia y el bien. El peligro fascista de la operación es palpable si recordamos las caídas en los cultos a la muerte de las ideologías pretéritas. Pero no menos totalitaria ha resultado la operación contraria. La denunciada por Jean Baudrillard sin descanso a lo largo de su vida, la de la cirugía y la cosmética de des-en-terramiento de la muerte, la operación de su exhumación visible, que lo que ha provocado es un desaparecer de la realidad en un Occidente virtual que por medio del simulacro se dice realista, pragmatista, materialista. Si el mal pertenece al ser también el bien tendrá los mismos derechos. Luego sólo sorteando los peligros de lo maligno mediante la afirmación de lo bueno se podrá mantener un optimismo, una esperanza y un afán por abrirse camino.